

*HOMILÍA DE DON JULIÁN EN LA
EUCARISTÍA DE LA ASAMBLEA DE CATEQUISTAS*

2018

“Portadores de agua viva”

Nos da confianza saber que “Dios nos da en gracia aquello que nos pide como misión”. Esto nos anima en la tarea que estamos realizando porque Dios nos arroja con su gracia y nos salva por lo bueno que es Él, no por lo buenos que somos nosotros. “Partir el pan material y el pan de la Palabra que da vida, es vivir en la luz”. Hace falta que nuestra vida toda sea coherente con la fe que profesamos y con el culto que practicamos.

En medio ya de la Cuaresma se narra la purificación del templo para que reflexionemos sobre lo que es el verdadero culto a Dios y la verdadera casa de Dios. ¿A qué “mercaderes” debo expulsar en esta cuaresma que quieren traficar con mi alma y con mi cuerpo, templo de Dios? Jesús quiere purificar el templo de nuestro cuerpo y de nuestra alma, para poder celebrar el triunfo sobre el pecado, siendo personas nuevas. La antigua casa de Dios no podía tolerar a dioses extranjeros a su lado:

el dinero. Dios se presenta como el único Dios, por eso ha de reservarse para sí toda adoración y castigar el culto a los ídolos. Exige a su pueblo que cumpla la alianza cumpliendo los diez mandamientos, itinerario del hombre a seguir en su comportamiento con Dios. El único signo que Dios da a los hombres es lo necio, lo débil, la cruz. Se requiere la fe para poderlo captar mientras los judíos quieren ver para después creer. Para los llamados a la fe es Cristo, fuerza y la sabiduría de Dios, que se manifiesta en el signo único y supremo de la muerte y resurrección de Cristo. Dios quiere liberarnos de ambiciones, del afán de protagonismo y vanidad, de la mundanidad en la mente y en el corazón, buscando su gloria y el bien de las personas, consolando a los tristes, ayudando y promocionando a los pobres con obras de caridad, perdonando a los pecadores. Sólo así en nuestra Iglesia viviremos la comunión fraterna. Dejemos que Cristo entre hoy con látigo en mano al templo de nuestros corazones y expulse de nosotros todo egoísmo, soberbia, lujuria, groserías, divisiones, ídolos, envidias y murmuraciones para que podamos rendir el culto debido a Dios y cumplir por amor los mandamientos.

Debemos hacer las obras de Cristo: amar como él, hacer el bien como él, dar la vida por los demás como él. La catequesis robustece la fe, nutre la vida con el espíritu de Cristo, conduce a una consciente y

activa participación del misterio litúrgico y promueve la acción apostólica. Mientras catequizáis, os hacéis testimonios de Cristo que va por delante en los caminos de la Galilea concreta que es nuestra diócesis, con una experiencia entretejida con luces y sombras, con gozos y esperanzas, con tristezas y angustias, con una fe que motiva, con una esperanza que nos orienta y con una caridad que realiza el sentido de nuestra vida. Necesitamos comunicar que Cristo es la Palabra pronunciada por Dios Padre que hay que proclamar, luz que alumbra a todo hombre, piedra angular sobre la que tenemos que ir edificando nuestra vocación a la santidad. Este es el mensaje que lleváis en vuestras alforjas, dejando también los denarios del Espíritu para sanación del hombre, como buenos samaritanos. Seguid dando a conocer la vida de Jesús no sólo con palabras sino testimoniándola con vuestro estilo de vida.

El encuentro de hoy me llena de esperanza. El Espíritu actúa en nuestra Iglesia y la renueva constantemente en medio de una sociedad satisfecha de sí misma que se niega a ser inquietada por la pregunta sobre el sentido de la vida. Hablad sin complejos, sin miedos, dad sin medida lo que generosamente habéis recibido, y esperad a que el milagro se realice en el corazón de quien escucha.

Gastemos nuestro tiempo con los demás, sin prisas, con un diálogo sereno y nunca impositivo.

Estemos cercanos al Maestro, escuchemos su palabra y pongamos nuestra confianza en él. Con ello afirmamos que “no será una fórmula la que nos salve sino una Persona y la certeza que ella nos infunde”. Sois como iconos del rostro de Cristo, llenos de esperanza que nos viene no de nuestras propias fuerzas o nuestro carácter optimista, sino de la presencia continua del amor que nos acompaña: Sólo aquellos que han reconocido en Cristo al Maestro y al Señor, aquellos que han visto al Señor y permanecen en El, tienen experiencia de primera mano y están capacitados para llamar a otros y recorrer el camino con ellos.

Quisiera que el catequista en nuestra diócesis fuera como la fuente que mana, retiene y da. Hay personas que son como los vasos que reciben y no dan. Otras como los canales por los que pasa el agua y no se sienten impregnados por la misma. Otras son como esas fuentes a las que les viene el agua de la montaña y siempre están dispuestas a ofrecerla. La fuente por excelencia es Cristo y a Él debemos imitar. El catequista ha de poder decir como San Pablo: “Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo”. Muchas gracias por todo lo que estáis haciendo en nuestra Iglesia diocesana. “Nos apremia el amor de Cristo”. Frecuentad la escuela de María: Ella es la mejor maestra experta en el Evangelio. Asumid el compromiso del Apóstol Santiago con

intrepidez evangélica, diciéndole al Señor: “Somos capaces de beber este cáliz”. En la participación de la Eucaristía que edifica la Iglesia, encontramos esa fuerza de agua viva que necesitamos porque Cristo ha entregado su vida para que nosotros la tengamos.